

**UN COMENTARIO ORTODOXO A LA ENCICLICA
«SLAVORUM APOSTOLI»
DEL PAPA JUAN PABLO II ***

INTRODUCCION

Aparte del «instrumento» más moderno y más eficaz que se emplea en el mundo cristiano para la reconciliación y la unidad de los cristianos y la unión de las Iglesias, el diálogo teológico, con notables éxitos y esperanzas entre varias Iglesias cristianas, el verano pasado, con ocasión de la festividad católica de la Santísima Trinidad, Su Santidad el Papa Juan Pablo II dirigió al mundo cristiano occidental y oriental una magistral «encíclica espiritual, pastoral, eclesial, misionera, ecuménica, universal y europeísta».

El primer Papa procedente del mundo eslavo, llamado a dirigir el destino de la Iglesia Católica, siente una obligación especial «en las nuevas circunstancias» de celebrar el «mil cien aniversario» de la muerte de San Metodio: la cristianización de los pueblos eslavos, por la incansable actividad misionera de los santos hermanos «apóstoles de los eslavos», procedentes del corazón y cultura helénica de la Iglesia Ortodoxa de rito bizantino (Salónica), los apóstoles Cirilo y Metodio, modelo de actitud y de actividad misionera y ecuménica entre orientales y occidentales, de evangelización y unidad de todos los pueblos de Europa.

* Presentado en la sesión académica de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, en la Fiesta de la Facultad en honor de Sto. Tomás de Aquino (7 de marzo de 1986), organizada por el Centro Juan XXIII en colaboración con la Facultad. Las referencias entre comillas responden al texto en español de la encíclica papal, salvo indicación expresa en contra.

Desde luego, muchas, diversas y complejas podrían ser las interpretaciones que se hagan o se han hecho sobre el contenido y la finalidad de la encíclica *Slavorum apostoli* tanto por parte de los occidentales como de los orientales.

Para nosotros, el carácter pastoral y ecuménico de la encíclica, el tono cálido, los términos muy medidos, no dejan lugar a dudas y suponemos que tampoco a otros orientales ni occidentales. La encíclica *Slavorum apostoli* es, como decía el cardenal Tomko, presidente de la Congregación para la Evangelización, «una pequeña joya del magisterio pontificio, que refracta luz en muchos colores resplandecientes, mostrando en la obra de los dos hermanos un conjunto de valores religiosos y humanos sorprendentemente actuales».

Para nosotros es una invitación a la sensibilidad del hombre de fe y de cultura europeo para el destino religioso y la unidad de Europa. Es un testimonio y un apoyo espiritual, sobre todo en los trabajos conjuntos del diálogo teológico en pie de igualdad entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa. Es alimento de esperanza y de caridad, motivo de unidad y reconciliación plena entre católicos y ortodoxos.

La encíclica, mediante el ejemplo apostólico y cultural de San Cirilo y Metodio, apóstoles orientales bizantinos, pone de relieve que «la perfecta comunión en el amor preserva a la Iglesia de cualquier forma de particularismo o de exclusivismo étnico, de cualquier orgullo nacionalista o racial», y algo más profundo, «su modo pacífico de edificar la Iglesia, una, santa, universal y apostólica».

Este edificar la Iglesia de Cristo no era y no es posible sin llegar la palabra salvífica de Cristo, la Buena Nueva a todos los pueblos, a todas las gentes, y esto ha sido y es posible sólo a través de personas llamadas y designadas de forma expresa por la presencia y la obra del Espíritu Santo y de la Iglesia, por el ministerio apostólico-sacerdotal. Es una iluminación y un mandato del Evangelio de Cristo: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (Mc 16, 15) y también: «Id, pues; enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y de Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo» (Mt 28, 19-20).

Impulsados por estos mandatos evangélicos, escuchando la voz de la Divina Providencia, los dos hermanos apóstoles, Cirilo y Metodio, escuchando y obedeciendo también la voz y la autoridad del emperador de Bizancio y del patriarca Focio de la Iglesia ecuménica de Constantinopla, preparados teológica, cultural y espiritualmente, emprenden viaje apostólico misionero a los pueblos eslavos.

Para nuestros lectores presentamos sintéticamente la cristianización de los pueblos eslavos que se beneficiaron de la obra mi-

sionera de los santos apóstoles Cirilo y Metodio como otros pueblos de esta zona europea.

I. LA CRISTIANIZACION DE LOS PUEBLOS ESLAVOS

1. *La cristianización de los Moravos*

El Cristianismo fue conocido en el principado de Gran Moravia ya desde el siglo VII; la tradición local alude a este hecho, recordando que el príncipe Samo habría recibido el bautismo, la ley de Cristo, alrededor del año 623, a través de sus relaciones con Bizancio y en oposición al latinismo de los francos. Desde la época de Carlomagno el prestigio franco-latino se había incrementado; se acentuó en 796. Con ocasión de la discordia entre los príncipes Pribina y Moimir el emperador Ludovico el Píadoso dispuso que el Arzobispo de Salzburgo y el obispado de Passau desarrollaran actividades misioneras hacia Chekia (Bohemia), Gran Moravia y Polonia, empleando con tal propósito inclusive presiones políticas, por medio de las incursiones militares de los años 846 y 857. Pero el concilio de los obispos germanos (alemanes) celebrado en Maientza, año 852, constata que no se había realizado nada entre los eslavos.

Para tomar medidas de precaución contra la política latinizante y germanizante, el príncipe Ratislao de Gran Moravia se dirigió, a través de unos legados suyos, en el año 862, al emperador Miguel III de Bizancio, al regente Bardas y al Patriarca Focio del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, pidiendo misioneros y «un obispo-maestro» que fueran capaces de explicarle la verdadera fe en el espíritu de la Sagrada Escritura; se había enterado (a través de los búlgaros) de que existían tales misioneros y que conocían y dominaban la lengua eslava.

Una vez analizado el caso, la petición del príncipe moravo Ratislao fue favorablemente resuelta. De hecho, el imperio y la política bizantina alimentaba desde hacía tiempo tal propósito de cristianizar y acercarse a los pueblos eslavos.

El sabio Patriarca Focio de Bizancio llamó y bendijo a los dos hermanos Constantino (Cirilo) y Metodio (Miguel) encomendándoles llevar a cabo la actividad misionera en la Gran Moravia, entre los eslavos de aquella parte de Europa central.

Ya llegaba la hora de la Providencia divina; se iniciaba el principio de un camino largo, lento, pero cargado de grandes y ancestrales significados: a través de hombres elegidos, Dios quiere que la vieja Europa sea iluminada y alimentada por la palabra salvífica de la Buena Nueva, una Europa cristiana y unida por la presencia y la obra del Espíritu Santo bajo el cetro del Rey celestial. Aquellos pue-

blos eslavos que estaban en las tinieblas se veían poco después envueltos en una luz desconocida, luz iluminadora, esperanzadora, salvífica. En el horizonte de la vida social y cultural, espiritual, se levantaba un sol nuevo, una época que marca historia, la era cristiana, y así el Oriente, de donde proviene la luz salvífica de Cristo, abraza en la misma esperanza eterna al Occidente no cristianizado todavía.

Los venerables misioneros Cirilo y Metodio parten desde Constantinopla con la bendición patriarcal en el año 863, iniciando el camino de una tarea santa que cubrirá el período entero de la vida que les queda en la difícil y responsable labor de ser «luz del mundo y sal de la tierra». Hacia Moravia, desde Constantinopla, pasan por Bulgaria, en donde se detienen predicando y bautizando en nombre de la Santa Trinidad, perfeccionando su lengua misionera paleoeslava y fortaleciendo en el Espíritu Santo a los conversos. De Bulgaria pasan por el norte de Servia, llegando a Panonia, junto al lago Balatón, relacionándose con el príncipe eslavo Kocel, huido de Nitra y asentándose en estas tierras. Al final llegaron al principado de Gran Moravia, fijando su residencia en la ciudad de Valehrad.

La historia confirma y Su Santidad reitera en su encíclica que los santos hermanos misioneros y apóstoles de los eslavos desarrollaron su actividad más de tres años exitosa y brillantemente en la Gran Moravia, entre 863-867, alejando los extravíos y los errores de la mitología eslava y sembrando la palabra de Dios salvífica, constituyendo comunidades cristianas firmes entre los eslavos, construyendo iglesias en Valehrad, Raihrad Stare Mesto, Mikulcitz, Ostrava y en otros lugares. Ellos prepararon discípulos en el eslavonismo eclesiástico, misioneros que fueron enviados a los territorios colindantes de Moravia, a Panonia, Bohemia, Croacia, Polonia y hasta a los rusos de Kiev.

Después de tres años de alegría por el «éxito notable» en su actividad misionera, al ver cómo la semilla de la palabra de Dios sembrada en el alma de los moravos daba frutos y aumentaba como el árbol de la mostaza y, asimismo, con la tristeza oculta en el corazón por las dificultades causadas por los servidores de «las Iglesias latinas lindantes», los «hermanos apóstoles» desearon volver a Bizancio. El hermano Constantino (Cirilo) cayó gravemente enfermo, hecho que les determina a elegir el camino de vuelta más fácil posible hacia la madre patria. Así, ellos descendieron hacia Venecia. Pero, llegando allí les llegó la noticia de la sustitución del patriarca ecuménico Focio por Ignacio, en el 867, y, así pues, esperaron un cierto tiempo para que se aclarase el asunto constantinopolitano. Una desgracia trae otra. Celebrando en Venecia la Divina Liturgia (Eucaristía) del rito bizantino, que fue la gran universidad de espiritualidad y pastoral entre los eslavos centroeuropeos, celebrando en paleoeslavo, fueron acusados y culpados por el clero

latino de que empleaban una lengua bárbara, extraña entre las únicas lenguas litúrgicas admitidas en la Iglesia como lenguas sagradas: arameo, griego y latín (el trilingüismo). La noticia sobre este asunto llegó hasta Roma, hecho por el que el Papa Nicolás I les invitó, para informarse él mismo sobre la doctrina y el misionerismo eslavo desarrollado por los dos hermanos de Salónica: Constantino (Cirilo) y Miguel (Metodio). Cuando llegaron a Roma el Papa Nicolás I es sustituido por el Papa Adriano II, quien «les acoge con mucha benevolencia» y, analizando en profundidad y con caridad la misión desempeñada entre los eslavos, la encuentra muy acertada. «Aprueba los libros litúrgicos eslavos», su liturgia oriental.

Constantino, gravemente enfermo, se retira ingresando en un monasterio de Roma con la regla de San Basilio, donde apenas tomada la «esquima grande», los más severos votos religiosos y el hábito monacal específicamente oriental así llamado, la «esquima grande» y el nombre monacal de Cirilo, murió el 14 de febrero del 869.

Pese a la vocación, el juramento diaconal de servir a Dios mediante la tan gloriosa labor misional entre los hombres y pueblos que desconocían la Buena Nueva, la historia de la salvación y la palabra y la promesa divina, San Metodio, fiel a las palabras de promesa pronunciadas en el lecho de muerte de su hermano Cirilo, consagrado arzobispo de Gran Moravia y Panonia por el Papa en el 870, volvió a Moravia, llevando consigo la memoria de su hermano Cirilo y el alfabeto llamado ahora en su memoria «cirílico». El animado arzobispo Metodio de la restaurada sede episcopal de Sitmiu y nombrado también legado pontificio «ad gentes» para los pueblos eslavos, ve, sin embargo, su labor interrumpida torpemente por la intervención del arzobispo latino de Salzburgo, involucrando a San Metodio en asuntos y «complicaciones político-religiosas que culminan con su reclusión en un monasterio bávaro, por un período de dos años, bajo la acusación de haber invadido una jurisdicción episcopal ajena». Apenas intervino el Papa Juan VIII, Metodio fue liberado y pudo desarrollar su misión y actividad en la Gran Moravia de Svatopluk y en la Panonia de Kocel. En el 873, Metodio había bautizado al príncipe Borivoi de Bohemia y a su esposa Ludmila, enviando discípulos suyos a Polonia y a la Rusia kieviana y concluye la traducción al paleoeslavo de los principales libros: Apostolus, Evangeliaro, Misal, Octoecho y otros. Se presupone además que había traducido al griego también un código de leyes, denominado: *Zakon sudnii lindem* (La ley del del juicio de los hombres).

La lógica natural nos determina a plantearnos un sencillo problema, una pregunta: ¿Cómo es posible que unas personas tan preparadas teológica e intelectualmente del mundo tradicional griego, tan fieles por antonomasia a la tradición bizantina en su totalidad, siendo inclusive conocido el orgullo griego en todo lo que les

pertenece y les caracteriza, después de la elección y el mandato y la encomendación de la misión entre los eslavos por parte del Patriarca de gran estima y renombre, Focio, se sometan bajo la autoridad jurisdiccional del Papa de Roma del cual recibirá Metodios la ordenación episcopal y la dignidad de legado pontificio «*ad gentes*» para los pueblos eslavos? ¿Se trata simplemente de una actitud y posibilidad verdaderamente ecuménica dentro de las relaciones de la Iglesia Oriental y Occidental todavía indivisa y en plena intercomunidad eucarístico-eclesial? Siendo conocido el hecho de que las relaciones entre las dos Iglesias ya pasaban por momentos de roces inquietantes y provocativos, ¿cabe la pregunta de que se hayan podido ejercer sobre Metodios ciertas presiones para que se sometiera a la obediencia del Pontífice Romano por los aparentes favores que le mostró Roma, reconociendo su recta ortodoxia doctrinal, canónica e inclusive litúrgica? «Análogo reconocimiento de perfecta legitimidad y ortodoxia obtiene Metodios de parte del emperador bizantino y del patriarca Focio, en aquel momento en plena comunión con la sede de Roma, cuando va a Constantinopla el año 881 u 882», dice el Santo Padre Juan Pablo II en su encíclica. Hay diríamos simplemente, un ejemplo ecuménico. La fidelidad a la Ortodoxia bizantina de parte de Metodios la confirma su postura contra el *Filioque*, pero queda la posibilidad de que, ya en Roma, haya conocido la Liturgia de San Pedro, rito eucarístico que luego transmite y envía hacia Polonia, a Poznan.

Pero a una nueva acusación del arzobispo latino de Salzburgo, Metodios fue llamado a Roma, en junio del año 880, donde el Papa Juan VIII le impone adoptar y celebrar a continuación la liturgia, la Misa latina y la proclamación (lectura) del Evangelio en latín, designándole también un obispo vicario en la persona del alemán Wiking. Así, el Papa quería mantener a Metodios en su servicio, pero no molestar al emperador germano. En cambio, en el 881, el Papa dispuso el sometimiento de los croatas al Arzobispado latino de Spalato de Dalmacia.

Para aclarar su asunto ante el patriarcado ecuménico de Constantinopla, Metodios emprende un viaje a Constantinopla en el invierno del 881-82, y el patriarca Focio le reconoce plena ortodoxia sin olvidar que había bendecido su misión, como bendice también la continuación de su labor misional entre todos los eslavos, como una contramedida, contrabalance a las presiones latino-germanas feudales.

Una vez vuelto a Moravia, Metodios fue acusado por el obispo vicario Wiking de que había abandonado la verdadera fe (latina). Roma, que al principio había mostrado benevolencia e interés hacia la labor misional de Metodios, ahora le abandona y también Bizancio quedaba demasiado lejos para poder apoyarle y ayudarle eficazmente. El 6 de abril de 885, Metodios fallece, y el obispo Wiking

logró que los discípulos de Metodio fueran expulsados, rechazados y ahuyentados, y el Papa Esteban V († 891) prohibió la celebración de la Divina Liturgia bizantina en la lengua paleoeslava. Los discípulos de Metodio se dispersaron entonces hacia Bohemia, Polonia, Rusia, Panonia, Servia y Bulgaria

2. *La cristianización de los Checos de Bohemia*

El país de los checos, llamado por los vecinos Bohemia, sufrió presiones políticas de parte del imperio franco vecino, que se esforzaba en el 805, en la época de Carlomagno, en implantar en Bohemia el cristianismo de rito latino. La cristianización de los 14 boyardos checos, huidos de casa, bautizados por el arzobispo de Ratisbona en el 845, quedó sin consecuencias, aunque el arzobispado germano mantuvo sus pretensiones de jurisdicción. Al ser bautizados luego el príncipe Borivoi y su esposa Ludmila por el arzobispo Metodio de Moravia en el 873, entre los checos empezó a difundirse con mucho interés el eslavonismo eclesiástico-ortodoxo y la doctrina «metodiniana» y sobre todo la espiritualidad oriental a través de la bella liturgia bizantina. En este período (873) Bohemia llegó a pertenecer al principado de la Gran Moravia. Así, a incitación de Dracomira, esposa del príncipe Vratislav (año 920), quien asumió la decisión de condenación del eslavonismo eclesiástico de rito oriental y del «metodionismo» promulgada por el concilio local de Spalato (Dalmacia) del 925, y bajo el estímulo y la presión del Papa Juan X de combatir el eslavonismo oponente al trilingüismo sagrado, Ludmila fue asesinada en 927 como también su hijo el príncipe Vaclav-Wenceslao, en el 929; su hermano Boleslao († 967) oscilaba al principio entre la mitología y el cristianismo hasta que quedó convencido de la superioridad del «rito cristiano eslavo», metodiano. Boleslao se dirigió al Papa Juan XIII con el ruego de organizar en su principado una diócesis de rito eslavo metodiano, pero por motivos políticos tuvo que someterse a las directrices del emperador germano Otón I e implícitamente fue obligado a aceptar el cristianismo latino papal.

Su sucesor, Boleslao II († 999) también fue obediente al cristianismo latino papal, puesto que el Papa Alejandro II declaró en el 969 que el eslavonismo es una herejía y Metodio un «hereje notorio». Pero al mismo tiempo, el cronista Sigberto de Gemblac elogiaba el recuerdo de los dos hermanos misioneros, apóstoles de los eslavos, Cirilo y Metodio.

Con toda la presión de la diócesis latina de Praga, del 973, para destruir la «herejía búlgara o rusa», las tradiciones cirilo-metodianas no pudieron ser apartadas, eliminadas de entre los checos, moravos y eslovacos. El obispo Voitec Adalberto, aunque no era hostil al eslavonismo eclesiástico, entendiendo su papel y su

utilidad para los eslavos, tuvo que apoyar el latinismo. Pero las tradiciones eslavas se conservaron y reaparecieron en la época del príncipe Oldirch († 1034) por la actividad del monasterio Sazava, al sur de Praga, en el 1030, por acción del abad Procopio, quien hizo su noviciado en el Monasterio Morissema, cerca de Arad de Rumanía, monasterio de tipo basilitano. En Eslovenia, la tradición «metodiana» había continuado por el obispo Besterto de Nitra († 1047).

3. *La cristianización de los Búlgaros*

Los búlgaros, después de su establecimiento en los Balcanes, asumieron muchas de las costumbres y la lengua de los eslavos. En el siglo IX, los búlgaros lograron constituir un estado fuerte. La capital del Estado fue fijada en Preslav.

Al principio, la misión cristiana no tuvo grandes progresos entre los búlgaros, a pesar de que el príncipe Teleros y el obispo Manuel demostraron un gran celo en este sentido.

Tras la muerte de mártir del obispo Manuel, asume la misión apostólica el monje Kypharas, que llegó durante la esclavitud de los búlgaros, y una hermana del príncipe Boris de los búlgaros (825-889), que llegó en el cautiverio bizantino y se convirtió al cristianismo oriental. El príncipe Boris o Bogaris se mostró muy interesado por el cristianismo y al principio envió una delegación búlgara a los francos, pidiendo que enviaran a Bulgaria sacerdotes misioneros, pero enterándose de este hecho el emperador de Bizancio manda un fuerte ejército bizantino a la frontera de Bulgaria y determina a Boris abandonar sus relaciones con el reino de los francos y a aceptar el cristianismo de parte de la Iglesia griega.

En su camino hacia la Gran Moravia, en su misión apostólica, los hermanos Cirilo y Metodio pasan por Bulgaria el año 863, predicando con gran ímpetu y éxito la palabra de Cristo, la Buena Nueva, entre los búlgaros. Impresionado por la Buena Nueva, llegada a él de parte de los «hermanos apóstoles», que predicaban en su lengua, en paleoeslavo, el príncipe Boris, un año más tarde, en 864, en la bella catedral de Santa Sofía de Constantinopla se bautiza y toma el nombre cristiano de Miguel, llamándose igual que el emperador de Bizancio, que fue su padrino.

Según las informaciones procedentes del patriarca Focio, el clero griego se dedica insistentemente a la conversión y evangelización de los búlgaros y la organización canónica de la Iglesia búlgara.

Así, pues, el camino abierto por Cirilo y Metodio en la cristianización oficial de los búlgaros había significado para el pueblo de Boris-Miguel un acontecimiento de suma importancia, llevando a feliz desenlace la consolidación de la unidad nacional búlgara, como también el principio de su cultura propia a través de la influencia

espiritual eclesiástica. Hubo una oposición entre la población búlgara, gentes que protestaban contra la cristianización y eslavización de los búlgaros, pero toda esta acción considerada «cobarde» fue vendida por el príncipe búlgaro, ya cristiano, Boris-Miguel. Entusiasmado por el cambio constructivo que se notaba entre las gentes cristianizadas, Boris-Miguel quiere emprender una acción masiva de cristianizar a todo el pueblo búlgaro y no sólo esto, sino su deseo era conseguir para la Iglesia búlgara un patriarca propio. El príncipe búlgaro se dirige al Papa Nicolás I, en el 866, enviándole 106 preguntas respecto a la fe cristiana, rogándole al mismo tiempo que le enviara un obispo que organizase la Iglesia búlgara. El Papa envía legados suyos a Bulgaria teniendo al frente al obispo latino Formosus, pero el príncipe Boris-Miguel no quedó satisfecho en sus esperanzas y tampoco con las respuestas papales a sus 106 preguntas (*Responsa ad consulta Bulgarorum*). La intromisión de Roma en la cristianización de los búlgaros había producido un grave conflicto con Bizancio. Los recelos, los roces ya existentes entre Constantinopla y Roma se agudizaban más por el asunto búlgaro. Así, el 867, el patriarca Focio dirigió a los patriarcas orientales una memorable encíclica, desenmascarando y sacando a la luz el doble juego del obispo romano. El 869 el patriarca Ignacio de Constantinopla abrió un concilio con la presencia de los enviados del Papa Adriano II (867-872). A los tres días después de la clausura del mencionado Sínodo, el 28 de febrero del 870, llegó inesperadamente a Constantinopla una delegación búlgara y el Sínodo fue reabierto para deliberar sobre la cuestión de si la Iglesia búlgara pertenecía a la sede de Roma o a la sede de Constantinopla.

Con la protesta de los legados papales, en presencia de los representantes de los tres patriarcas orientales, la cuestión búlgara fue resuelta: fueron reconocidos los derechos de jurisdicción canónica del patriarca de Constantinopla, concediéndosele a cambio a la Metrópoli de Bulgaria una cierta autonomía y un rango especial en la jerarquía eclesiástica oriental. Desde entonces el Estado y la Iglesia de los búlgaros, a pesar de todos los esfuerzos de la sede romana, quedaron en la esfera de la Iglesia Oriental griega y bajo la influencia de la cultura bizantina.

La penetración en profundidad del cristianismo eslavo-ortodoxo en los búlgaros se realizó más tarde, después del 885, por la llegada a Bulgaria de los discípulos de San Metodio desde Moravia, llevando al frente al obispo Gorazd y Clemente, Lorenzo y Angelar y otros, que más tarde quedaron en el calendario búlgaro en el marco devocional «de los siete santos». Fueron organizados fuertes centros espirituales monásticos «cirilo-metodiano» en Okrida y Preslav, de donde recordamos el conocido escritor Chernoryzetz Khrabr.

El zar Simeón (893-927), que sigue patrocinando este eslavonismo «cirilo-metodiano» por motivos políticos y también se dirige al

Papa Formosus (891-896) pidiéndole que le conceda al zar la corona imperial, y al arzobispo búlgaro lo elevara a la dignidad de patriarca de la Iglesia de Bulgaria. A cambio de estos favores, el zar Simeón estaba dispuesto a someter la Iglesia búlgara a la obediencia jurisdiccional de la sede de Roma. Esta vacilación búlgara entre Bizancio y Roma, actitud impulsada por intereses personales políticos de los zares, sobre todo la de Simeón, desencadenó fuertes protestas bizantinas, concretamente de parte del emperador Román I Lekapen (919-944) por el hecho de autodenominarse el zar Simeón: «basileos de los búlgaros y de los griegos». Al final el emperador bizantino cede, aceptando titularse el zar búlgaro «basileos de los búlgaros» y nada más.

Al zar Simeón le sigue en el trono de Bulgaria, Pedro, quien se da prisa en realizar la pacificación con Bizancio, y además había estrechado sus relaciones de forma personal, casándose con la princesa bizantina Maya Sekapena —hija del emperador bizantino—. El patriarca de Constantinopla reconoció la canonicidad del patriarcado de Bulgaria, y la Iglesia búlgara rompió cualquier relación con la Roma papal. Durante el reinado del zar Pedro, el arzobispo de Bulgaria tuvo su residencia en Silistra y no en Preslav, esta última ex capital del primer estado búlgaro. El 971, el emperador bizantino Juan Tzimiskes (969-976) conquistó la parte oriental de Bulgaria, sometiéndola canónicamente al patriarcado de Constantinopla, y, el 1015, el emperador bizantino Basilio II el Bulgarortorio (976-1026) había ocupado inclusive Okrida. El 1019 los búlgaros perdieron inclusive la independencia política de su país, llegando a ser una provincia bizantina. Desde ahora en adelante hasta el año 1186, la historia política de los búlgaros fue absorbida por la historia del imperio bizantino.

4. *Los Servios*

Los servios, otro pueblo eslavo, se establecieron durante el reinado del emperador bizantino Heraclio (610-641) en la parte sur de Croacia. Pronto fueron determinados a abrazar el cristianismo, pero la acción misional iniciada por Heraclio no fue viable. El 827, cuando los servios se separaron del imperio bizantino, el paganismo llegó de nuevo al poder. Pero aquí también, igual que entre las gentes de los demás pueblos eslavos, el milagro de conversión y cristianización se produce de forma estable con ocasión del paso por Servia de los «hermanos apóstoles», los misioneros Cirilo y Metodio. El año 863, dirigiéndose hacia Gran Moravia, los incansables misioneros Cirilo y Metodio, desde Bulgaria, pasan por la parte noreste de Servia, hecho que facilitó la posibilidad de que estos servios, inclinados de forma natural, por su estructura psicológico-religiosa, conocieran y consideraran como una verdadera revelación

divina, el cristianismo ortodoxo-bizantino de forma eslava. Así, pues, cuando los servios hicieron las paces con Bizancio en el 868, bajo el emperador bizantino Basilio I el Macedonio (867-886), abrazaron definitivamente el cristianismo oriental de rito bizantino.

A finales del siglo IX y principio del siglo X, la misión ortodoxa bizantina fue reforzada por la actividad de los discípulos «cirilo-metodianos» expulsados de Moravia, llegados ya a parte de Servia. En lo que respecta al territorio hacia el sureste de Cattaro (Kotor) este territorio quedó bajo la jurisdicción del arzobispado griego de Dyrnjakton (Durazzo), como también la parte vecina, Sudica, la de Zata (o Montenegro); en cambio, los territorios del nordeste hacia Trebinye (Herzegovina) y Zakhumlje (Dalmacia sur), estaban bajo la jurisdicción del arzobispado latino de Spalato. En el siglo X —conforme a la organización política de la época— Servia propiamente dicha fue incorporada a la jurisdicción del arzobispado búlgaro de Okrida, y luego, por medio de este arzobispado, llegó a pertenecer al Patriarcado de Constantinopla. Para las poblaciones del centro de Servia fue organizado el obispado, la diócesis de Rasca (Rascia).

5. *La misión cristiana entre los Polacos*

El país que hoy día da un ejemplo vivo del vivir cristiano de forma evangélica y a todo riesgo es Polonia, la patria chica de Su Santidad el Papa Juan Pablo II. Las primeras semillas del Evangelio, extendidas en el pueblo, llegaron a Polonia desde Moravia, después del año 864, a consecuencia de las relaciones políticas existentes entre los dos países.

Se trataba de un cristianismo eslavo-oriental de rito bizantino alimentado y cultivado cuidadosamente por las inmigraciones de discípulos de los santos apóstoles de los eslavos Cirilo y Metodio, después del desmembramiento del principado de la Gran Moravia en 906. Un auge mayor tomó la acción de cristianización de los polacos mediante las nuevas relaciones que cultivaba Polonia con Bohemia, durante el reinado del soberano Mieszko (Mieczislaw II, 964-992). El soberano polaco se casó con la princesa checa Dubravka, hija del príncipe Boleslao I de Bohemia. Boleslao, teniendo a su esposa bautizada en rito eslavo-bizantino, él también había seguido la fe de su esposa, recibiendo el bautismo de parte del sacerdote eslavo-bizantino Bojuvid y habrá dispuesto la destrucción de los ídolos.

Pero llegando los polacos bajo la presión del emperador Otón I, el 968, aceptaron la constitución y organización de una diócesis latina en Poznan, para la parte occidental del país, al principio dependiendo del arzobispado de Magdeburgo, para pasar más tarde directamente bajo la jurisdicción del Papa. El 991, el Consejo de Polonia decidió plena sumisión y obediencia al Papa Juan XV. Sin

embargo, «las tradiciones cirilo-metodianas» se conservaron entre los polacos hasta el siglo XII, como lo atestiguan los descubrimientos arqueológicos y la existencia de un arzobispado ortodoxo eslavo de rito bizantino en la Polonia actual.

6. La cristianización de los Daco-Romanos (Rumania)

En la misma zona europea, al sureste de Europa, rodeado por pueblos eslavos, hay un pueblo cristiano, el único pueblo de origen romano y de lengua latina, cuyo cristianismo es de origen apostólico: Daco-Romania; la Rumanía de hoy.

En el sureste de Europa, en una posición geográfica difícil y desfavorecida por las suertes del destino, está asentado un país románico, latino según la lengua y oriental bizantino según el sello de su fe religiosa. Es la tierra milenaria de los autóctonos rumanos, la ex Dacia de Burebista y Decéballo, la tierra conquistada por Ulpio Traiano el 106 de nuestra era, formándose la Dacoromania, la Rumania de hoy.

Es fundamental para el destino de este pueblo, que resultó de la fusión de los dacios autóctonos y los romanos conquistadores, el carácter unitario de su desarrollo histórico, su romanidad, latinidad y su cristianismo de origen apostólico, tan vivo incluso en las circunstancias actuales.

Rumanía es el único pueblo románico y de lengua latina, pero de fe religiosa cristiana de rito bizantino; es el único país que representa la Ortodoxia de lengua latina.

Su Santidad alude tangencialmente a Rumanía en su encíclica *Slavorum apostoli*, evocando la contribución de la Iglesia rumana junto con los monjes de Macedonia (de Okrida, posiblemente entre ellos muchos macedo-rumanos, tan frecuentes en aquella zona) en la cristianización de la Rusia kieviana.

La Rumania de hoy no tiene una fecha de cristianización como los pueblos que la rodean, sino al mismo tiempo que su formación étnica recibe también el cristianismo, o inclusive antes. En la epístola a los Romanos, San Pablo nos dice haber predicado el Evangelio de Cristo hasta Iliria, es decir, hasta cerca de la frontera sur de la Rumania actual: «de suerte que desde Jerusalén hasta la Iliria y en todas direcciones he predicado cumplidamente el Evangelio de Cristo (Rom 15, 19). Pero ya antes de llegar San Pablo a Iliria, en tierras cercanas ya había predicado el Evangelio de Cristo San Andrés, hermano de San Pedro, precisamente en Dacia, en Scythia Minor, la Dobrogea de la Rumanía de hoy, hacia el Mar Negro.

Sabido es que los historiadores denominaban a estas regiones por sus nombres genéricos: Thracia o Scythia. Respecto a la cristianización de esta región del sureste de Rumania por medio de la obra apostólica de San Andrés la menciona ya Orígenes († 254), ir-

formación que reproduce en su Historia eclesiástica Eusebio de Cesarea alrededor del año 324, especificando concretamente que a San Andrés le correspondió evangelizar en la Scythia. Un Synaxario de Constantinopla (colección de vidas de los santos), en la «Vida de San Andrés» menciona que: «a San Andrés, el primer llamado (por Jesús) le tocó Bitinia, las regiones del Pontus Euxinus (del Mar Negro) y de Propontida (el mar de Mármara) con las ciudades de Calcedonia, y de Bizancio, de Macedonia, de Tracia, y las regiones que se extienden hasta la desembocadura del Danubio».

El escritor africano Tertuliano, que murió el año 240, sabía que ya en su época el cristianismo había penetrado y estaba organizado igualmente entre los Sármatas, Dacios y Escitas. En la celebración del primer concilio Ecuménico de Nicea (325), nos informa Eusebio de Cesarea, había participado un obispo de Scythia, de la Dobrogea rumana. Desde muy temprano la ciudad de exilio del gran poeta latino Ovidio, Tomos (la actual Constanza), fue sede episcopal y poco más tarde sede arzobispal, sede metropolitana donde se celebraban los concilios o sínodos locales con la presencia de varios obispos de la zona del Pontus Euxinus y Dacia Ripensis (danubiana). Una nutrida lista de obispos de Tomos presentada por la historiografía eclesiástica desde Evangelicus (290), Timoteo, que participó en el tercer Concilio Ecuménico de Efeso (431), Alejandro, que firma las decisiones del Concilio de Calcedonia (451), Valentiniano (s. VI), que tenía correspondencia con el Papa Virgilius, y muchos otros.

Las mismas fuentes historiográficas atestiguan que desde la Dobrogea rumana provenían los escritores eclesiásticos Juan Casiano († 433) en Marsilia (Galia) y Dionisio el Exiguo, quien estableció de manera exacta la fecha de principio de la era cristiana. La antigüedad del cristianismo en el territorio de Rumanía la atestiguan también los numerosos descubrimientos y monumentos arqueológicos en Dobrogea, con basílicas cristianas desde los siglos IV-VI como también en Transilvania y las demás provincias rumanas por medio de basílicas paleocristianas, monumentos, cruces de piedra con inscripciones cristianas.

Pero sobre el cristianismo de los Daco-Getas o Daco-Romanos, de las dos Dacias, la Dacia Mediterránea y la Dacia Ripensis (del Danubio), que recibieron el cristianismo lo confirman no sólo las fuentes orientales, sino también las occidentales. Así, el poeta cristiano Paulina de Nola († 431) en sus escritos informa sobre la obra misionera de Nicetas de Remesiana (367-414) en Dacia, cosa que confirman los textos litúrgicos antiguos rumanos, recordando a San Nicetas de Remesiana como «apóstol de los rumanos».

Ahora bien, si analizamos unos aspectos del cristianismo en el territorio de Rumanía su origen apostólico por la obra misionera de San Andrés en la región sureste, en la actual Dobrogea, las diócesis

de la orilla del Mar Negro, principalmente la sede de Tomos (Constanza actual) y sus relaciones con la sede de Bizancio, la correspondencia de estos mismos obispos con los obispos o papas de Roma, o antes la presencia en las ciudades Dacias y en los puertos de la Scythia Minor de un elevado número de cristianos que figuraban entre los colonizadores traídos por el hispano Trajano, emperador romano, y por sus sucesores en la Dacia, desde el Asia menor, Dalmacia y de la misma Roma, donde el cristianismo había penetrado anteriormente, las relaciones más tardías de San Ambrosio, arzobispo de Milán con los obispos y cristianos de Daco-Romania, podemos opinar y considerar el cristianismo de esta parte de Europa, concretamente de Rumania, un milagro y un signo para el futuro que hoy es actualidad, la convergencia entre el cristianismo oriental (griego bizantino por su liturgia) y occidental (por su lengua litúrgica durante casi el primer milenio cristiano). Esta simbiosis entre los valores de la liturgia y espiritualidad oriental entretejidos con los valores lingüísticos y las relaciones con la Iglesia de Roma y las sedes episcopales del Norte de Italia, presentes como referencia «sine qua non» en una iglesia localizada geográficamente como punto de frontera entre dos mundos, dos culturas y dos tradiciones, frontera entre el Oriente y Occidente, nos permite catalogar a la antigua Iglesia de Daco-Romania como una Iglesia ecuménica.

«El modo originario de aceptación masiva de la fe, fue esencialmente latino. El examen más elemental e inmediato de los vocablos referentes a la religión y a la liturgia conservados hasta hoy en el rumano, nos demuestra no sólo la ecumenicidad del cristianismo rumano, sino también su antigüedad y su anterioridad a las invasiones bárbaras, prueba tan dura e injusta del pueblo rumano y de su destino hasta hoy día. Aunque más tarde, en su aspecto institucional, el cristianismo de la romanidad oriental experimentará la influencia del mundo griego y eslavo, sus valores primordiales se conservarán latinos a través de la lengua hablada por el nuevo pueblo y empleada en su liturgia bizantina celebrada en latín.

El verbo, la idea, precedió a las instituciones asentadas y cristalizadas en formas, y por esto el logos conservó tanto el espíritu oriental bizantino como también el espíritu occidental latino o de Roma».

Un argumento fidedigno para la antigüedad del cristianismo en Rumania es también el filológico o lingüístico. Palabras como: «Dumnezeu» (Domine Deus), «Cristos» (Christus), «cruce» (crux, crucis), «crestiu» (cristianus), «a crede» (credere), «Duminica» (dies Domini), «anger» (angelus), «lege» (lex, legis), «pacat» (peccat), etc., y casi toda la terminología referente al misterio de la fe, de la salvación y la nomenclatura hagiográfica, todo el sentido eclesiástico, expresados en la lengua rumana, son de origen latino.

Así, pues, a partir del Apóstol San Andrés, de los cristianos presentes en las legiones romanas enviados por Trajano a la región conquistada, de los misioneros de las regiones cristianizadas por San Pablo en Asia Menor, en Macedonia y en Iliria, el cristianismo penetró en Dacia (actual Rumanía) en la época apostólica, lo que nos permite afirmar que el pueblo rumano nació como pueblo cristiano. Relacionando o comparando el origen y la época de cristianización del pueblo rumano con los pueblos vecinos: búlgaros, serbios, húngaros, ucranianos y rusos, que tienen todos una fecha concreta y muy tardía en recibir el cristianismo, podemos afirmar junto con el gran historiador académico rumano, Prof. Constantino Giurescu, que «en aquella parte de Europa, los rumanos son los más antiguos cristianos».

II. LAS APRECIACIONES DE LA ENCICLICA

Con este panorama histórico de la cristianización de los pueblos eslavos, menos del gran pueblo de las Rusias, que recibió oficialmente el bautismo cristiano de parte de la Iglesia de rito bizantino de Constantinopla, bajo el reinado de San Vladimiro el Grande, príncipe de Kiev, e insertando entre estos pueblos, por su posición geográfica, a Rumanía, la única Iglesia de lengua latina y de fe y rito de la Ortodoxia bizantina y además con cristianismo de origen apostólico implantado por San Andrés, la Ortodoxia latina, pasamos humildemente a un breve comentario por parte de un sacerdote rumano ortodoxo sobre la encíclica *Slavorum apostoli* de Su Santidad el Papa Juan Pablo II.

Suponemos que hoy en día a nadie se le ocurre catalogar equivocadamente el ministerio pontificio de Su Santidad el Papa Juan Pablo II, el Papa «revelación», hombre de Dios y «signo profético» de los tiempos que vivimos en el destino del cristianismo, su papel ecuménico y su esforzada promoción de todos aquellos aspectos que son médula y coronación de la unidad de Europa, de la Europa cristiana.

El Pontífice Romano, la «representatividad total» y máxima autoridad de la Iglesia Católica, en su tono ecuménico cálido, al tratar en totalidad sobre la Iglesia Ortodoxa y su misionarismo, su obra de cristianización de los pueblos de Europa central y sureste da una lección a todos los teólogos y no teólogos sobre el verdadero valor y apreciación respecto a la doctrina, tradición, disciplina y sacramentalidad de la Iglesia Ortodoxa. Como decía D. José Ortega y Gasset, la palabra es un sacramento, hay que emplearla con cuidado, en su veracidad.

Si a lo largo de la Edad Media y Moderna camparon la igno-

rancia, la soberbia y la exasperación, la desconsideración y el olvido para con los ortodoxos bizantinos, por medio de la presente encíclica Su Santidad vuelve al lenguaje ecuménico patrístico, de los Santos Padres, de la época de oro de la Tradición, de la Iglesia indivisa, en plena comunión Oriente y Occidente. En sus palabras reinan ya el conocimiento y el aprecio de los valores inmutables de la Iglesia Ortodoxa, fiel a la Tradición apostólica, post-apostólica y patrística en todo su conjunto. Los hermanos de Salónica, misioneros entre los pueblos eslavos, enviados de la Iglesia bizantina constantinopolitana, no sólo por su siembra evangélica y por sus métodos y éxitos notables, siguen siendo modelos vivos para los misioneros de todas las épocas, sino porque supieron mantener siempre una recta ortodoxia doctrinal y litúrgica bizantina y una atención al depósito de la Sagrada Escritura y Tradición, con un notable esfuerzo de equilibrio ecuménico en mantener la comunión ya amenazada entre Bizancio y Roma. Aunque «la acción previsor, la doctrina profunda y ortodoxa, el equilibrio, el celo apostólico, la magnanimidad intrépida de San Metodio, le granjearon el reconocimiento y la confianza de pontífices romanos, de patriarcas constantinopolitanos, de emperadores bizantinos y de diversos príncipes de los nuevos pueblos eslavos», más tarde la Iglesia latina quiso borrar las huellas de su trabajo misional, imponiendo la tradición latina a los eslavos cristianizados en la tradición, doctrina y rito bizantino por los hoy llamados ecuménicamente *Slavorum apostoli*.

De todas formas, aparte del espíritu misionero evangélico, ellos eran grandes psicólogos, etnógrafos y lingüistas. El espíritu cultural del pueblo evangelizado es estudiado previamente en su totalidad por los hermanos apóstoles porque «quisieron ser parte de aquellos pueblos y compartir en todo su suerte».

1. Lengua, Evangelio y cultura

Antes de emprender la difícil tarea de evangelización entre los eslavos, nos presenta el Pontífice la más difícil obligación de preparar «los instrumentos vitales de trabajo»: crear un alfabeto eslavo, aprender la lengua paleo-eslava «para que las verdades que había que anunciar y explicar pudieran ser escritas en la lengua eslava y resultaran de ese modo plenamente comprensibles y asimilables por sus destinatarios».

En todos los dominios de actividad pública, la lengua común es el instrumento imprescindible, vehículo idóneo y milagroso de comunicación, de iluminación y vinculación íntima y profunda. Sólo de esta forma se podía cumplir el mandato de Cristo: «Id, pues, y enseñad a todas las gentes» (Mt 28, 19; Mc 16, 15), haciéndose comprender por las gentes a través de su propia lengua.

Hombres de una profunda cultura general y teológica, «herede-

ros no sólo de la fe, sino también de la cultura de la antigua Grecia continuada por Bizancio», demostraron un gran respeto a la cultura y tradiciones de los pueblos eslavos, las asumieron, las hicieron suyas y «dieron una contribución fundamental a la cultura y a la literatura de todas las naciones eslavas».

Sus métodos catequéticos siguen siendo válidos y modelo para la Iglesia de hoy: la inculturación de la fe y la no imposición de sistemas y métodos culturales con pretensiones de alcance universal impuestas más tarde por la Iglesia.

Traducen la Sagrada Biblia y los libros litúrgicos; la Divina Liturgia la traducen y la celebran en eslavo, rompiendo así el trilingüismo, cosa que, después de comprobar la ortodoxia de la doctrina y del rito, cambia la mentalidad de los papas. Lo que hicieron siglos antes los visigodos, bajo sus obispos Ulfilas y Teófilo, traduciendo la Sagrada Escritura a la lengua germano-goda y posiblemente celebrando en la misma lengua su liturgia, lo hicieron más tarde los cristianos de la Iglesia de Rumanía, quienes durante diez siglos celebraron la liturgia bizantina en latín y a partir del siglo X, al caer bajo el imperio eslavo-búlgaro se les impone como lengua administrativa y litúrgica la paleoeslava; y sin el permiso especial del Patriarcado de Constantinopla a partir del siglo XV-XVI traducen al rumano los libros litúrgicos y celebran la Eucaristía y todos los oficios litúrgicos en su propia lengua, en rumano.

Para los pueblos evangelizados por Cirilo y Metodio, la traducción de los libros sagrados, la liturgia y la predicación en paleoeslavos. «confirió capacidad y dignidad cultural a la lengua litúrgica paleoeslava, que vino a ser durante largos siglos no sólo la lengua eclesialística, sino también la oficial y literaria, e incluso la lengua común de las clases más cultas en la mayor parte de las naciones eslavas y, en concreto, de todos los eslavos de rito oriental».

2. La universalidad de la Iglesia

Una nueva «nostalgia de la unidad» sustenta todos y cada uno de los capítulos de la encíclica *Slavorum apostoli*. El Papa se siente dolido por la desunión, por la falta de suficiente caridad y la imposibilidad de realizarse de forma visible, concreta y duradera la intercomunidad eucarística, la unidad plena entre la Iglesia Ortodoxa y la Iglesia Católica. Se deja ver la aspiración a la unidad religiosa perdida, al compromiso en trabajar con plena dedicación y humildad en su reconstrucción, redescubriendo, un poco tarde, la fraternidad originaria y secular del primer milenio, corrigiendo el defecto multi-secular del imperdonable olvido y extrañamiento recíproco del segundo milenio.

En noviembre de 1979, el Papa Juan Pablo II, en Constantinopla, dirigiéndose al Patriarca Demetrio I, respecto al tesoro dogmático

de fe, de la tradición común de la Iglesia de Oriente y Occidente, contribución y obra común para la universalidad, catolicidad de la Iglesia, decía: «La misma formulación de nuestra profesión de fe, el Credo, tuvo lugar en estos primeros concilios celebrados conjuntamente por Oriente y por Occidente. Nicea, Constantinopla, Efeso, Calcedonia son nombres conocidos por todos los cristianos. Son particularmente familiares para los que rezan, estudian, trabajan bajo fórmulas diversas, en favor de la plena unidad entre nuestras dos Iglesias hermanas. No solamente hemos tenido en común estos concilios decisivos..., sino que durante un milenario estas dos iglesias hermanas supieron crecer juntas y desarrollar sus grandes tradiciones vitales».

Cuando el Patriarca Demetrio I delante de Su Santidad subrayaba que hay también un núcleo de problemas teológicos, allí donde el Papa hablaba de «unidad de fe y diferencias de formulación», el Patriarca hablaba de «problemas teológicos graves en los cuales habría que reflexionar juntos». Las dos posturas se ven aliviadas con serenidad esperanzadora en la sesión plenaria de la Comisión mixta internacional de diálogo teológico entre la Iglesia Católica y la Iglesia Ortodoxa, celebrado en junio-julio de 1982 en Munich sobre el tema «El misterio de la Iglesia y de la Eucaristía a la luz de la Santísima Trinidad» y las siguientes reuniones mixtas.

Las discusiones de Munich han tratado sobre la naturaleza de la Eucaristía, la relación entre Eucaristía y la Iglesia y el carácter central de la Eucaristía para comprender la comunión en la Iglesia local y la comunión entre las iglesias locales y la Iglesia universal.

El tema «Fe, Sacramento y Unidad», partiendo como vemos de los temas y tesoro sacramentalógico con implicaciones eclesiológicas comunes, prepara ahora el camino del diálogo teológico para los problemas más agudos que quedan por resolver; son «serios problemas teológicos, que conciernen capítulos esenciales de la fe cristiana». El diálogo teológico ortodoxo-católico supone un proceso y un esfuerzo lento porque también existen otros obstáculos «que derivan de la desconfianza, de la irresponsabilidad, del temor, de los factores no teológicos, de las diferencias cristianas, del fanatismo, que oponen a los cristianos entre ellos y enfrentan a las religiones».

La encíclica de Su Santidad es un aliento hacia la reconciliación de la Iglesia que fue la una, santa, universal y apostólica, la del Oriente de los santos hermanos apóstoles Cirilo y Metodio y la de Occidente, con otros tantos apóstoles y misioneros, con la confluencia de dones y estilos, con la «sinfonía de las diversas liturgias en todas las lenguas del mundo».

El Romano Pontífice es consciente de que es necesario mucho trabajo, un profundo y sincero estudio, fiel de todas estas cuestiones «para superar los malentendidos y los desacuerdos que existen entre las dos Iglesias».

El mil cien aniversario de la muerte de San Metodio en Valehrad (Checoslovaquia) es una vital aportación moral y espiritual para «sacar consecuencias de este redescubrimiento recíproco» sincero entre los ortodoxos y los católicos. A diferencia de otros documentos vaticanos de las últimas décadas referentes a los hermanos ortodoxos, esta encíclica vale como una norma común para «recordar a cada uno de los fieles de la Iglesia cristiana el deber sagrado de trabajar por la unión» y por la evangelización, por la pacificación y reconciliación plena de las Iglesias cristianas y de todos los pueblos de Europa.

El dolor profundo del Pontífice Romano es el gemido de Europa que no puede encontrar su plena comunión por problemas ajenos a la Iglesia, al mensaje cristiano. Esa añoranza de unidad cristiana pasa por el entramado de las tradiciones cristianas que provienen de Oriente y Occidente y por la riqueza que unas y otras pueden aportar a la cultura, bienestar y unidad europeas.

CONCLUSION

Concluyendo, como una síntesis podríamos jalonar unas cuantas ideas fundamentales que refracta la encíclica *Slavorum apostoli*:

a) El primer milenio cristiano concluye con la cristianización de los pueblos de Europa, labor y contribución común de la Iglesia Oriental y Occidental, destacando la actividad misional y cultural de los hermanos apóstoles: Cirilo y Metodio; caracteriza el segundo milenio el doloroso cisma, la ruptura de 1054, las consecuencias y la actualidad, signo profético, esfuerzo común ecuménico para rehacer la unidad y comunión perdidas.

b) Para la constitución y edificación del gran edificio de la universalidad-catolicidad de la Iglesia de Cristo hacia la salvación están invitados todos los pueblos. Este don cristiano recibido y heredado por los pueblos de Europa no puede ser obstruido o mantenido en estado latente, sino reactivado por su dinamismo de testimonio común con la finalidad de devolver a Europa su unidad cristiana y cultural en plena armonía natural, sin fronteras para el progreso, la libertad y el bienestar de todos los pueblos. La fe cristiana no separa, no levanta muros de separación, no siembra y no cultiva la enemistad dentro del pluralismo, sino siempre une a todos según el modelo bíblico: Cristo y su Iglesia.

c) El hecho histórico de que la Iglesia de Cristo y sus servidores hayan contribuido decisiva y sustancialmente para la unidad y progreso de Europa es algo imborrable, indespreciable hoy.

d) La encíclica en su totalidad es un modelo de metodología ecuménica para la actualidad, como fueron en su época los hermanos apóstoles Cirilo y Metodio.

e) La pluralidad de ritos y eclesiologías deben contribuir al «ple-roma» de la catolicidad-universalidad en perfecta armonía con finalidad evangelizadora.

f) El diálogo católico-ortodoxo, como con las demás Iglesias, ha de llegar a la plena comunión eucarística, eclesiástica para que Europa vuelva a ser lo que fue, la vieja Europa cristiana unida, para su feliz, pacífico y maravilloso futuro.

Esto lo deseamos y pregonamos junto con todos los pueblos y sus gentes de buena fe, recordando las históricas palabras de Su Santidad el Papa pronunciadas en España, en 1982: «Vuelve a encontrarte (vieja Europa). Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces... Reconstruye tu unidad espiritual... Tú puedes ser todavía faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo. Los demás continentes te miran y esperan también de ti la misma respuesta que Santiago dio a Cristo: lo puedo».

Rvdo. P. TEOFILO MOLDOVAN
Iglesia Ortodoxa Rumana de Madrid